
XXXII

GRAL. DON RAMON CORONA.

FIGURA culminante entre las que más descollaron durante la guerra que México sostuvo con ejemplar constancia y valor heroico para repeler la invasión francesa y derrocar el trono por ella erigido en el suelo que fecundara la sangre de los libertadores de 1810, el General Don Ramón Corona ocupa en nuestros fastos un lugar prominente, y su vida y hechos han sido, por esa misma razón, narrados *in extenso*. Historiadores, biógrafos, periodistas y oradores han espigado en el vastísimo campo que les ofrecía una época fecunda en grandes acontecimientos y en acciones dignas de eterna remembranza, y se ha hecho, por lo tanto, tarea poco menos que imposible la que se endereza á añadir nuevos laureles á la corona que ciñe la frente de los caudillos de la que no infundadamente se ha llamado segunda guerra de Independencia. Por eso, será breve el capítulo que en este libro corresponde á la vida del Sr. Gral. Corona, pues como habrá tal vez observado

el lector, hemos procurado no solamente no ser difusos, sino dedicar estas páginas, de una manera especial, al recuerdo de las acciones de aquellos personajes á los que, por diversas causas, no conocen sino los profundamente versados en historia patria y los más diligentes investigadores. Breves serán estas apuntes, lo repetimos, mas no tanto que falte en ellas sumaria noticia de las principales glorias militares del valiente defensor de la República, narradas con la concisión á que el plan de este libro obliga; pero no por nosotros sino por el Sr. D. Ireneo Paz, en la obra intitulada *Hombres prominentes de México*. Extractar los apuntamientos debidos al Sr. Paz no nos parece propio, toda vez que llenan las condiciones que apetecemos: estar nutridos de noticias cuya veracidad nadie podrá poner en duda, y presentar á grandes rasgos la personalidad del personaje, sin falsear su carácter ni traspasar en los elogios tributados al General Corona los límites que impone la severa majestad de la historia. Pero como esta biografía fué publicada un año antes del proditorio asesinato del caudillo republicano y vencedor de Lozada, debemos anticipar aquí que su fallecimiento ocurrió el día 11 de Noviembre de 1889, á consecuencia de tres heridas que le causó la tarde anterior un demente, ó desequilibrado, como se usa hoy decir, y cuyo nombre no consignaremos en estas páginas, porque juzgamos que los seres que deshonoran á la humanidad son indignos de ser citados al lado de los de los patricios y de los de aquellos que han merecido pasar á la posteridad para que ésta los imite y los venera.

Dice, pues, el Sr. Paz en su obra citada:

“En una risueña población al Sur del Estado de Jalisco, famosa por el desarrollo de sus árboles frutales, llamada Tuxcueca, vió Ramón Corona la luz primera, siendo hijo de padres humildes y consagrados honradamente al cultivo de los campos.

“En edad temprana se dedicó, siguiendo sus primeros impulsos, al comercio; pero vinieron los sucesos políticos conmoviendo al país, y entró de teniente bajo las banderas de la Reforma, proclamada por los caudillos del partido liberal.

“Al principio tuvo Corona la carrera obscura de un oficial subalterno, sirviendo á las órdenes de distintos jefes; pero como era época de combates y éstos se sucedían diariamente, en ocho ó diez batallas ganó sus ascensos hasta obtener el de General de Brigada, muy joven todavía: esto fué el 21 de Junio de 1865, en los momentos en que el país estaba en plena guerra de intervención y ocupadas por el ejército francés todas las principales ciudades.

“Si bien Corona empezó á distinguirse en la constante lucha que sostuvo con el célebre bandido Manuel Lozada, que por muchos años dominó en la Sierra de Alica y dispuso de los elementos del cantón de Tepic, librándole varias batallas con distinto suceso, la época más gloriosa de la vida de nuestro héroe fué la de la guerra de intervención, y por eso vamos á fijarnos en ella de toda preferencia, toda vez que sus hazañas y conducta durante aquella época lo colocan en primera fila entre nuestras figuras históricas más prominentes.

“Ramón Corona se encontraba en el Sur de Jalisco militando á las órdenes del General José López Uruga, que tenía la investidura de General en Jefe del Ejército del Centro, y llegando á sentirse cerciorado de que aquel General meditaba llevar á efecto una traición, para la cual estaba altamente comprometido con los agentes del Imperio, Canónigo José Caserta y Benito Gómez Farías, tomó la atrevida resolución de huir una noche de su campo acompañado de unos cuantos amigos, teniendo que burlar en su huida una de las más porfiadas persecuciones que se hayan hecho alguna vez á un hombre, con los más crecidos elementos.

“Una vez salido fuera de la zona de muerte en que mandaba Uruga, entró á otra en que no podía abrigar esperanzas de salir mejor librado, que era la de Lozada, enemigo personal encarnizado de Corona y aliado de los imperialistas.

“Increíble pareció que Corona hubiera podido llegar á Sinaloa, atravesando por enmedio de tantas celadas y peligros, en una extensión de cuarenta leguas: esa travesía se ha tenido, con razón, como uno de sus hechos más extraordinarios, llevado á efecto solamente por su gran fuerza de voluntad y por su indomable audacia.

“Una vez en Sinaloa, terreno que ya conocía por haber combatido allí sin descanso en favor de las intituiciones liberales, estando joven y lleno de prestigio, le fué fácil reunir en torno de sí á los más valientes patriotas, que con entusiasmo se alistaron para servir bajo sus órdenes. Organizó algunas tropas y con ellas

estuvo librando tantos y tan repetidos combates á los franceses y á los mexicanos que apoyaban la causa extranjera, que no sólo se hizo proverbial su habilidad, su valor y su astucia militares, sino que realmente logró mantener vivo el fuego de la resistencia en momentos en que estaba apagado por todas partes. Cuando Juárez se encontraba fugitivo en el límite de la República, y los Estados en su mayor parte se encontraban ocupados por las armas enemigas, el Estado de Sinaloa estaba defendiéndose solo, siendo el único de la República que no llegó á ver pisada su capital por el invasor.

“En el tiempo que duró esta heroica resistencia, se libraron varios combates notables entre las tropas que mandaba Corona y las de los franceses, siendo los más brillantes el de Palos Prietos, en que fué tomado á éstas un fuerte defendido con artillería, por Jorge Granados, y la victoria espléndida obtenida por Antonio Rosales en San Pedro, evitándose que cayera la plaza de Culiacán en poder de los intervencionistas.

“La perspicacia de Corona, más que sus elementos, que siempre fueron muy escasos, le sirvió en primer término para saberse conservar rodeado por el enemigo, pero siempre en actitud amenazante. Supo establecer tal estímulo entre sus subalternos, que hasta los guerrilleros más insignificantes, que estaban de atalaya sobre el puerto de Mazatlán, supieron dejarse matar antes que volver la espalda al peligro.

“Con un cálculo que apenas puede concebirse en tales circunstancias, destacó en los momentos más preci-

sos una pequeña fuerza al mando del valiente coronel Eulogio Parra, para que emprendiera las operaciones que pudiera en el Estado de Jalisco, el cual desempeñó una comisión tan ardua con la mayor fortuna, derrotando primero á los franceses en el campo de la Coronilla y ocupando después la plaza de Guadalajara, que estaba defendida por tres mil hombres y treinta cañones al mando del General Ignacio Gutiérrez.

“Establecidas las autoridades republicanas en todo el Estado de Sinaloa, merced á la constancia con que supo Corona sostener sus posiciones, atravesó con su pequeño ejército por terrenos de Lozada, quien tenía armados á todos los indios de la sierra, sin sufrir daño alguno en esta peligrosa travesía, y ya en Guadalajara, de cuyas cercanías se habían ahuyentado las huestes contrarias con sólo el anuncio de su aproximación, dividió sus tropas, destacando la mitad de ellas para atacar á Zamora y la otra para Colima mandada por él personalmente, cuyas plazas estaban bien defendidas y artilladas. La primera fué ocupada á viva fuerza y la segunda por capitulación.

“Desembarazado de todo estorbo en los Estados vecinos al mar Pacífico, pudo acudir con su brillante cuerpo de tropas al cerco de Querétaro, concurriendo con ellas á los hechos de armas que determinaron el triunfo completo de la República. Al General Corona fué á quien rindió el alchiduke Maximiliano su espada en el Cerro de las Campanas.

“Concluida esa guerra siguió prestando sus servicios al Gobierno de Juárez al frente de la Cuarta División

del Ejército. Estando ya en el poder Lerdo de Tejada, organizaron Plácido Vega y Manuel Lozada un ejército de quince mil hombres en la Sierra de Alica, para sorprender al país con una repentina invasión, y Corona, con mil quinientos hombres derrotó á doce mil en el punto llamado la Mojonera, victoria que le conquistó renombre y aplausos, no sólo por el mérito que hubo en adquirirla, sino más aún porque salvó á la segunda capital y á la República entera de una guerra de castas que amenazaba ser desoladora.

“Poco tiempo después fué nombrado Ministro Plenipotenciario de México en España y Portugal, cargo que desempeñó á satisfacción del Gobierno.

“Al regresar Corona á su patria después de doce años de ausencia, fué electo Gobernador de Jalisco desde 1º de Marzo de 1887, con aplauso de sus conciudadanos. En ese alto puesto procura por cuantos medios están á su alcance, ser útil al suelo que le vió nacer, empleando todo el contingente de sus luces, de su experiencia, de su patriotismo, de su espíritu de progreso y de su inagotable energía, en labrar la dicha y la felicidad de sus gobernados.”